

## La mancha

Había pasado la mañana con su madre. Después del desayuno se disponía a irse pues, decía, quería hacer unas cosas.

Tenía un rato esperando a su madre que, al volver del restaurante, había recibido una llamada de su hermano. Era una llamada larga, mucho más de lo que él solía hablar con ella últimamente.

—Me dijo tu hermano lo que tienes en el pecho.

—¿Cómo?

Era cierto. Llevó su mano izquierda instintivamente al punto y sintió aquél cosquilleo adormecido que comenzaba a hacerse familiar tras algunas semanas.

—¿Qué te pasó?

—De verdad no sé. Mira.

Bajó el cuello de su playera hasta descubrir el protuberante círculo rojo que tenía casi a la mitad del pecho. Su madre abrió los ojos. Algo casi imperceptible se movió adentro.

—¿Ya fuiste al doctor?

—No he tenido tiempo todavía.

—Pues vamos hoy a que te revisen.

—No... Hoy no. Otro día.

—Te voy a estar llamando para recordarte todos los días. No te puedes dejar eso así.

No podía. Algo se movía adentro. Su madre no lo había notado pero él sí. Tenía que saber qué era.

—¿Ya nos vamos?

—No, espera. Tengo que ir al baño.

Subió las escaleras corriendo y azotó la puerta del baño al entrar, algo que su madre detestaba. «¡Perdón!», gritó al instante. Ahora estaba sin playera frente al espejo del baño, observando aquella cosa. Había otras cosas blancas dentro. «¡Dios!».

Durante la pubertad había desarrollado el mal hábito de exprimirse los granos. Debido a que su acné se había manifestado en torso y piernas, y no en la cara, segaba sin remordimiento todo grano apenas lo encontraba. De grasa, de pus, o de vellos encarnados, todos ellos sucumbían al aplaste de sus dedos o el pellizco de sus uñas.

Llevaba varios años ya sin acné, pero ahora, viendo aquella cosa, café de tan roja, y aquellas cosas blancas que, ahora estaba seguro, eran lo

que se movía adentro, volvió a sentir la indescribible y ya casi olvidada sensación, las incontenibles ganas de reventarlo él mismo.

Hurgó en los cajones hasta hallar una navaja de afeitar y unas pinzas de depilar: antiguos instrumentos, nunca dominados con maestría, de su horrible antiguo pasatiempo. Con alcohol y fuego de un encendedor «esterilizó» su «instrumental» y se puso a la tarea.

El adormecimiento que sentía era tal que en un momento había quitado sin problemas la corteza de la mancha. Sintió un escalofrío sin precedentes recorrer todo su cuerpo.

Tiempo atrás, durante la adolescencia, había encontrado en internet videos y canales de gente que explotaba granos. Algunos de ellos eran muy intensos y le hacían sentir escalofríos a los lados de la cara. Esta vez, sin embargo, lo que sus ojos vieron erizó todos los poros de su cuerpo desde la cabeza hasta los pies.

Lo que había dentro de la mancha, torpemente revolviéndose entre carne y sangre, eran cuatro larvas de algún tipo. Con las pinzas en la mano extrajo una de ellas mientras que las otras luchaban por librarse de la luz.

Estaba en shock. Alcanzó a sacar otro gusano con las pinzas mientras que los otros dos se metían bajo la carne. No sentía dolor: el adormecimiento de las últimas semanas persistía en la carne al rojo.

Comenzó a tantear la presión de las pinzas en la zona de la mancha. Casi no podía sentirla, y empezó a presionar donde las larvas se escondieron. La presión hizo asomar a la tercera. Con gran facilidad la capturó entre las pinzas, todo el tiempo mirándose al espejo.

La cuarta no fue fácil. Las pinzas y pellizcos solo conseguían que asomase la cabeza. O la cola. No podía capturarla con las pinzas. Tras varios intentos infructuosos la partió por la mitad. El sangriento fragmento retirado se seguía retorciendo después de aterrizar en el lavabo.

Tomó de nueva cuenta la navaja con cuidado y, sin sentir dolor alguno, cortó alrededor de donde había quedado el cadáver del gusano. Retiró la

carne con las pinzas, descubriendo con horror que otra larva, casi junto del cadáver, excavaba más profundo hasta ocultarse. «¡Ah!».

Se encaramó en el lavabo y prosiguió, cortando y pellizcando, matando y capturando. La sangre comenzaba a escurrir hacia su vientre, pero no sentía dolor. Solo el adormecimiento.

Se detuvo, sin embargo, cuando un dolor chirriante escaló hasta sus muelas: había raspado una costilla con el filo.

El dolor fue tan intenso que lo sentó en el suelo. Una vez abajo, salió del trance en el que estaba. Mirando el chorrito de sangre que escurría hasta su ombligo se dio cuenta de lo grave de su empresa. Se pudo haber cortado una arteria importante. Pudo incluso haber llegado a perforarse el corazón.

—¿Camilo?... Llevas casi dos horas metido en el baño, hijo. ¿Te sientes bien?

—No. Tenemos que ir al hospital, madre. ¿Me llevas?

—¿Qué pasó...

Puso el pie para impedir el avance de la puerta.

—Voy a dejarte pasar, má. Pero déjame voltearme. No quiero que me veas.

—¿Qué pasa?

—No abras, espera. Ya. Abre.

—¿Por qué estás en el suelo? ¿Qué tienes?

—Mira en el lavabo. Eso estaba adentro de la mancha.

—¿La mancha?

—¡La cosa que tenía en el pecho!

—Gusanos... ¿¡Qué hiciste!?

—La peor tontería de mi existencia. No me veas, porfa. Pásame una gasa y déjame limpiarme, y luego llévame al hospital.

Escuchó sus pasos alejarse y regresar, y después su voz decir:

—Ahí los puse. Te espero en el carro. Acuérdate que tienes que empujarlo.

Abrió el grifo de agua y se lavó toda la sangre. Se secó con una toalla los alrededores de la anti-gua mancha y cubrió el agujero con la gasa, después de observarlo atentamente.

«Qué brutalidad», pensó. «Cómo puedo ser tan bruto». Seguía sin sentir dolor.

Se puso su playera blanca y, sobre ella, una camisa holgada que no usaba hace ya tiempo. Bajó a encontrarse con su madre.

El auto estaba descompuesto de la marcha y solo arrancaba de empujón. Su madre lo esperaba sin el freno y en neutral.

Apenas pudo dar un paso. A causa del esfuerzo, el adormecimiento de la mancha cedió paso a un dolor insoportable que le quitó la fuerza en las rodillas. Aunque no sangraba mucho de momento, la herida comenzó a pulsarle de una forma que lo llenó de espanto.

—No vamos a poder —le dijo a su madre—. Me está doliendo mucho.

—Pues vamos a tener que irnos en taxi.

No se fueron en taxi, sino en metro. Llegaron caminando a la estación sin haber tenido suerte con ninguno, y Camilo sugirió que lo ocupasen. Su madre estaba hablando por teléfono con un doctor amigo suyo, y colgó para bajar las escaleras.

—Ya están preparando el consultorio para que nada más lleguemos.

—Te sigo entonces. Tú sabes dónde es.

Había poca gente a esa hora, y pudo recostarse en dos asientos, usando un pasamanos como almohada. Su madre se sentó del otro lado.

Estaba encogido, decaído, mirando al techo con los párpados muy juntos. La relativa calma de su madre lo tranquilizaba un poco. Le decía que ignoraba suficiente. De otro modo, no podrían estar ahí; seguirían en su casa, esperando una ambulancia retrasada eternamente.

No gustaba de mentir, y menos a su madre, Por esa razón, los últimos años habían transcurrido en un acuerdo tácito de ignorancia saludable. Después de unos eventos, frecuentemente peleaban por pensar tan diferente. Con el paso de los meses, ambos abandonaron sus esfuerzos para convencer al otro y depusieron las razones en un «cese al argumento». Desde entonces, él hablaba a ella con franqueza, sin tocar algunos temas, y confiaba en que ella hacía lo mismo.

Las puertas del convoy se abrieron, dejando entrar a Fany. Cuando reconoció a Camilo, se dirigió hacia él.

—Hola, Cami. ¿Cómo estás?

—Hola, Fany. Bien, ¿y tú?

—No te ves muy bien en realidad. ¿Qué pasa?

—Nada, Fany. Un mal día.

—¿De veras? Déjame sentarme junto a ti mientras me cuentas.

—No, este... Creo que estoy mejor así.

—Ah...

—Te cuento más al rato, ¿vale? Es que ahorita no quisiera hablar del tema.

—Ya... Bueno, está bien. Oye, Cintia, de Indonesia, me habló. Dice que cuándo vas a publicar Mafalda. Parece que le gustó la idea...

A veces bromeaba en tono serio, pero diciendo cosas tan inverosímiles que nadie pensaría que no jugaba.

... Yo la verdad no sé qué pensar de tu propuesta, Cami. Sabes que Mafalda sí me gusta...

Eso al menos él creía, pero a veces le fallaba.

... pero tú fuiste el que me explicó lo del dominio público y eso...

Fany era su mejor amiga. Llevaba junto a ella un blog medio famoso: *Tiras cómicas de antaño*.

... Para serte bien sincera, no quisiera que te arriesgues a meternos en problemas con las leyes, ni a que nos cierren el blog. Es muchísimo el trabajo que le hemos invertido, y las pláticas del libro cada vez están más serias...

Todo había comenzado unos treinta meses antes. Tras un largo periodo sin ideas para historietas, encontró en internet un fichero comprimido con más de un giga y medio de cómics viejos en inglés.

... No se me haría justo, y me parecería tonto...

Comenzó a publicar las tiras más chistosas en su facebook, poniendo como glosa la traducción del texto. Pronto se llenó de likes.

... Sabes que yo siempre he apoyado tus ideas...

Siempre. Fany también tenía un gusto grande por los cómics, aprendido de Camilo hacía tiempo. Ella le dio like a cada tira que subía, y comentaba siempre cosas muy interesantes. El día que Camilo le comentó la idea que tenía de abrir un blog, ella respondió, antes que nada, «¿en qué te ayudo?».

... pero ésta es la primera que no me ha parecido...

Fany demostró un talento excepcional para el diseño. No tardó muchos intentos en fijar el estilo que usarían. Simple y efectivo: la versión original se ponía lado a lado con la traducción que hacían. Terminaron con las tiras del archivo, y encontraron uno nuevo, con tiras en español.

... Sí se me hace buena idea, pero es muy arriesgado...

No hacía falta traducirlas, pero estaban muy dañadas. Fany compró un libro de edición en photoshop, y aprendió a restaurar los cómics, logrando una enorme calidad.

... Deberías de pensarlo, y no tomarlo a la ligera...

Una vez, uno de los lectores de su blog publicó una entrada en reddit, en un foro de lenguas y bilingües. A partir de entonces, *Tiras cómicas de antaño* se convirtió en un sitio frecuentado por jóvenes bilingües y estudiantes extranjeros de español.

... Ya sabes que en el nuevo TLCAN sí quieren perseguir a «la piratería»...

Así conocieron a Cinta: una joven indonesia, estudiante de español.

Cinta habló por facebook a Camilo una tarde y le mandó un archivo con cómics indonesios. Eso dio la idea, a Fany y a Camilo, de buscar tiras antiguas en idiomas diferentes, y empezar a publicar las que entendieran. De paso, los dos estaban aprendiendo otros idiomas.

... Ya sé lo que tú opinas de eso, y yo también pienso lo mismo, pero las leyes son las leyes...

En las últimas semanas, mientras iban preparando un libro que querían publicar, con el material del blog, y otro, estaban publicando una serie de Indonesia que encontraron. Era un poco diferente de todo lo demás: política, y de un humor extraño, casi triste, tenía posiblemente un gran valor histórico. La eligieron porque no le hacía falta ni un retoque, y el trabajo consistía en traducirlas solamente.

... Piensa en el libro, y lo que hemos platicado: tu cómic...

La gente comentaba que empezaba a aburrirse. Fany no quería anunciarles lo del libro hasta que ya estuviera hecho.

... mi computadora nueva...

Un día apareció un comentario en la página de facebook que hizo que empezara una pelea muy absurda y estresante. Por la noche, para cerrar la discusión, Camilo había escrito una publicación —en broma— en tono serio y plañidero. El último renglón decía: «vamos a empezar a traducir Mafalda, a ver si eso les gusta».

... todas las cosas que hemos soñado...

Cinta, al parecer, no había entendido el chiste. Comprensible. Lo que se le hacía difícil de entender era la reacción de Fany. Ni siquiera comprendía exactamente por qué le había dicho Cintia a Cinta.

... aparte, Quino sigue vivo, ¿no?

—Mafalda... Fue un error.

—¿Cómo va a ser un error, tonto? Si es de las mejores tiras que se han hecho.

—Digo que no iba en serio.

—¿Cómo no va a ir en serio? ¿Siquiera la has leído?

—¡Yo! Yo, Fany, yo no iba en serio.

—¿Qué te pasa el día de hoy? Hace mucho que no estabas de ese genio.

—... Nada, amiga. Perdóname, mal día.

—Pues, pase lo que pase, no deberías dejar que eso arruine tu cumpleaños. Yo me bajo en ésta. Feliz cumpleaños, Cami.

—Gracias.

Mientras Fany se alejaba, Camilo vio subir al tren a Víctor, con quien había peleado hacía años.

En la preparatoria eran amigos, en verdad. Una vez, Camilo escribió un cómic y Víctor fue el primero en conocerlo.

—Hay un personaje que está basado en ti —le había dicho—.

—Por eso todos dicen que eres una mierda

—no era la respuesta que esperaba—.

Víctor le dejó de hablar. Más tarde comprendió por qué lo había hecho. Cerró los ojos para hacerse el dormido.

Era increíble lo mucho que a Víctor le había afectado el cómic. Desde que lo leyó, usaba cada

día una chamarra a rayas como la del Cap-Kruel. Le daba algo de miedo.

Obviamente que lo había reconocido, y había visto también el cómic que traía entre las manos. ¿Por qué lo tuvo que agarrar, después de tantos años, si había decidido nunca publicarlo?

Giró la cabeza con dificultad. Ahí estaba él. Los rumores eran ciertos: Carlitos le acompañaba ahora. ¿Qué le habría dado el Cap-Kruel?

Carlitos comenzó a caminar entre las butacas del tren-escuela. Su corta estatura no impedía ni lo amedrentaba de pasar empujando a los alumnos-pasajeros. ¿No se daba cuenta que también él fue humillado por el Cap-Kruel hace años, cuando iban a la escuela?

No hacía falta mucho seso para darse a entender que buscaban a Camilo. Tenían fuego en las miradas. Toda clase de herramientas para hacerle daño a otros se podían descubrir en sus posturas. ¿Escapar, enfrentarse, o vencer? ¿Cómo hacer cualquiera de las tres?

Una bocanada de aliento y saltó de su butaca justo cuando el tren abría sus puertas. Salió y colocó la historieta en la ventana.

El Capitán Kruel lo siguió hasta donde estaba. Entonces lo entendió: «Solamente puede hacerme daño en sueños. Debo darme cuenta de que duermo».

El primer proyectil rebotó contra su hombro, sin dolor. «¡Ajá!». Se aferró a una cuchara de madera que traía la vigilia.

Despertó plenamente consciente de su situación. Se llevó la mano al pecho y sintió la gasa y el entumecimiento. Volteó dificultosamente. Víctor ya no estaba.

Su madre le indicó que bajarían en la estación siguiente. Sintió algo de temor de enderezarse, como si trajera un vaso cuyo contenido pudiera derramarse con un leve movimiento. No pasó. «Qué alivio».

Víctor era Carlitos, pero un malentendido lo llevó a creer que él era el Cap-Kruel. Resulta que al final del cómic, el Cap es derrotado cuando tropieza y cae en medio de la escuela. Víctor tuvo una caída así en la secundaria, Camilo se enteró años más tarde. La verdad es que Kruel era un

personaje tonto, por eso Víctor se enojó. Y Camilo decidió nunca publicar el cómic, aunque en serio le gustaba.

Se sentía fatigado y agobiado, triste por haber sido tan tonto. La herida comenzaba a lastimarlo, y el peso del camino se hacía mayor con cada paso. Ya no estaban muy lejos, había dicho su madre. Solo faltan unas calles y estaremos ahí.

La calma de su madre lo hacía sonreír. Al menos no estaba tan preocupada. Él, sin embargo, era atravesado por violentas ráfagas de ideas.

—El doctor que contactaste... ¿Es cristiano, madre?

—No... Creo que es ateo.

—Ya...

No sabía qué esperar. Era muy posible, él se imaginaba, que no pudiera hacerse nada para remediar su caso. Venían a su mente las imágenes que vio en el espejo antes de salir. Era impresionante el agujero. «¿Cómo irán a hacer para arreglarlo? Pienso que es más fácil echarlo a perder».

Al entrar al hospital se sentó en una silla. Su madre fue a empezar el papeleo.

Recordó el comentario de su hermano cuando le mostró la mancha. Después de platicar un rato darle vueltas al asunto:

—Y qué, ¿se siente chido? —preguntó, pasado un rato de silencio—.

—Está como entumido, es raro... ¿O qué?

—El Krokodil.

Se había reído un poco, pero entendió al instante que su hermano no bromeaba...

Pensó al momento en Fany, y en que nunca le diría la razón de su mal genio...

¿Cuánto tiempo tardaría la noticia en llegar a su viejo amigo Víctor?...

«Y qué mala sorpresa será para mamá saber que todo era más grave»...

—Es arriba, ¿puedes solo?

—Creo que sí. Ya voy.

Cada paso que daba en la escalera subía de las rodillas hasta el pecho. Lo último del adormecimiento se hizo a un lado para siempre, y cada paso aumentaba su dolor. Cada paso hacía pulsar el pecho. Trepó, al llegar, a la camilla.

—Estaba el ascensor aquí enfrentito. Creímos que ibas a salir por él.

—Ah... Perdón.

Cortaron la camisa y la playera, y el médico le puso la máscara de gas. La gasa estaba toda humedecida y teñida de carmín. Cuando la retiraron, un terrible escalofrío recorrió todo su cuerpo. Apretó las manos del doctor. Sintió también sus manos apretándolo de vuelta.

—¿Tienes miedo? —escuchó—.

—No es miedo, doc. No. Solo unas inmensas ganas de llorar.